

# Profesión y familia: ¡triple salto mortal!

María José Martín Rodrigo  
Profesora del Instituto de Familia de la UPCo

## "El progreso" en la sociedad actual

Demasiadas piruetas en tan corto espacio de tiempo hacen que el momento se viva con cierta sensación de miedo, vértigo e indefensión. Rogando en silencio para que todo salga bien, de repente ocurre sin apenas haberlo podido disfrutar.

Parece que el progreso de nuestra sociedad participa de las características de esta atracción circense. Los acelerados cambios de la estructura social han supuesto una transformación vertiginosa y desafiante en el marco familiar y en el mundo laboral.

Imaginemos por un momento a un pagano padre o madre de familia que sin ser un experto trapecista quiera hacer la pirueta de componer su vida conjugando a la par su desarrollo profesional con su vida familiar. Pirueta hecha en el vacío sin un colchón social que amortigüe la caída. No es difícil entender que la experiencia se viva demasiado arriesgada y confusa. ¡Como para tenerlo claro! Es esta una de las principales causas por la que muchos individuos viven hoy graves desajustes personales.

Aquellos que "desean ser" en la sociedad actual se encuentran con un gran reto: alcanzar y salvaguardar el equilibrio de su existencia. En la telaraña de las circunstancias en las que se está metido, es difícil no quedar atrapado y ser devorado por los acontecimientos.

«Con la vida tan agitada que llevamos los padres es fácil distraerse e incluso olvidar a veces la misión más importante: nuestros hijos»



Y los acontecimientos de la sociedad actual están bañados por el consejo destructor de una mentalidad que considera "realizado" solamente a aquel que ha logrado poseer más que otros, llegar profesionalmente a los escalafones más altos, aquel que tiene bienes materiales y económicos, aquel que tiene poder y prestigio, aquel que desgraciadamente ha sacrificado hasta a su familia para darse el lujo de tener para presumir y de presumir de lo que tiene.

No debemos dejarnos engañar por estos consejos sutilmente manipuladores que ofrecen una falsa idea de la autorrealización. Quienes se dejan involucrar por esta mentalidad corren el riesgo de caer en el activismo y ser víctimas de la neurosis del "progreso" actual. Se vuelven fríos, maquiavélicos y calculadores. Valoran su profesión únicamente por su productividad material. En esta tesitura, alcanzar un objetivo pasando por encima de los demás, parece ser absolutamente inevitable. Y así la sociedad y la convivencia se han convertido en una guerra fría.

De esta situación tan dinamitadora que pretende construir al hombre, a cada individuo, sobre los cimientos del tener y de las apariencias hipócritas de un formalismo vacío e intrascendente, se origina un malestar permanente y una

tensión interior de agresividad, pesimismo, e inseguridad, que llegan a desahogarse, la mayoría de las veces, dentro del mismo ámbito familiar.

Si además, a la neurosis del "desarrollo" profesional le agregamos una buena dosis de neurosis familiar basada en querer construir a toda costa un remanso de paz y de amor equivocadamente perfecto que mitigue los daños ocasionados por esta sociedad tan explosiva, donde los esposos y los hijos puedan crecer y realizarse en toda su integridad personal, el conflicto entonces, se hace insostenible.

Las causas de este conflicto hay que buscarlas, entre otras, en una sociedad que potencia al máximo y de un modo históricamente patológico el individualismo, y que contribuye a elaborar una falsa concepción del valor del progreso humano, reduciéndolo a una dimensión puramente personalista y material.

Este es el caso del impuesto revolucionario que nos hace pagar esta sociedad a muchos padres por la imagen que de "buenos padres" se ha difundido hasta la saciedad en las últimas décadas: los "eternos, incansables y abnegados proveedores"; aquellos que satisfacen todas las necesidades materiales del hogar. Para que no les falte nada a los hijos trabajan jornadas dobles y aún los fines de semana. No logran

satisfacer las necesidades presentes, cuando ya les han sido creadas otras. Así se desgastan febrilmente, sin darse un respiro para disfrutar lo importante: la experiencia única de ver crecer a sus hijos.

¿Qué legado vamos a dejar a nuestros hijos? Desde la familia es preciso un reencuentro con el justo orden de valores que garantice el equilibrio y estabilidad de cada persona y de todo el núcleo familiar. Todo esto exige un cambio de actitudes y de decisiones respecto al concepto de familia, persona, trabajo, de los valores en general. Comprometerse personalmente en este proceso, dejando a un lado la esperanza inútil de confiar en que los demás lo harán, tal vez sea la pista para encontrar el justo camino hacia el progreso auténtico.

### Conciliar el trabajo con la familia: una necesidad

Ciertamente la situación se plantea cada vez más difícil, pues la complejidad de los negocios de hoy en día, los viajes y las presiones generadas por la dinámica del trabajo, hacen que aumenten las cargas laborales de ambos padres y que consecuentemente se reduzca también su tiempo de permanencia en el hogar, delegando en otros (abuelos, cuidadoras, guarderías) casi todo el peso de la educación de los hijos. Si le añadimos el escaso apoyo institucional e iniciativas empresariales, la situación aboca a una tensión social en la que el trabajo y la vida familiar son irreconciliables.

No obstante estas complicaciones, muchos ejecutivos, hombres y mujeres, han podido encontrar caminos para obtener una vida familiar satisfecha y el éxito profesional, en forma equilibrada, no sin dificultades y múltiples peregrinaciones previas a ninguna parte.

Este es el testimonio de Isabel Gascón, madre de dos hijas y profesional que trabaja en el departa-



mento de recursos humanos de Sanitas, sobre cómo encontró el equilibrio para compatibilizar el trabajo con su familia: "El truco está en estar abierto al cambio y en irse adaptando a las necesidades que la vida te plantea, teniendo las ideas claras y la jerarquía de valores adaptada a las diferentes realidades que van viviendo... Hay épocas y circunstancias para dedicarse plenamente a la profesión, otras para dar una prioridad a niños pequeños, y después vuelve el momento en que se puede retomar la actividad profesional con una familia más hecha".

En su experiencia como madre trabajadora siempre tuvo muy claro que su función como madre era prioritaria. De ahí que optara por media jornada laboral, lo que permita atender a sus hijas y familia y al mismo tiempo, desarrollar su proyecto profesional. Evidentemente renunció a todo tipo de carrera profesional más ambiciosa, en aras de su familia.

A propósito de este testimonio conviene reflexionar sobre lo difícil que resulta hoy día esta elección, especialmente para las mujeres.

En tiempos, la función educadora de los hijos y el cuidado del hogar, de enfermos y de las personas mayores caían bajo la responsabilidad de la mujer. No había lugar a cuestiones como las que nos ocupan en este artículo. Se asumían estas tareas como propias e inherentes a la naturaleza y rol de las féminas, sin mayor problema. El seno materno era por tanto el escenario de los primeros años de vida. La mujer fue siempre la educadora del hombre y de la humanidad. (La transmisión de valores, la formación de la conciencia, la educación ética y religiosa han dependido durante siglos de ella). Formaba parte del signo de los tiempos. Pero éstos fueron cambiando poco a poco y hoy el rol de la mujer en la sociedad, "es mucho más acti-



vo". Actualmente se encuentra dentro de la fuerza del trabajo, del área política, del campo de la investigación, de la comunicación. La mujer ha conquistado paulatinamente ámbitos que eran exclusivos del hombre, en ocasiones con un enorme sacrificio, pero con gran éxito.

En las últimas décadas se ha establecido una búsqueda legítima por defender los derechos de la mujer, por encontrar más espacios en el mundo social y profesional, para que a partir de su verdadera identidad encuentre su lugar en la sociedad actual.

Esta aspiración no ha logrado realizarse plenamente. Basta recordar a quienes defendiendo la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, no supieron distinguir la diversidad inherente en cada uno de ellos y se dedicaron a proponer una "varonización" del sexo femenino. Algunas mujeres adoptaron costumbres masculinas en su comportamiento social.

Las cifras hablan por sí solas: el 32,3 % del perfil de la mujer directiva española renuncia o posterga su maternidad y un 57% aproximadamente de mujeres en puestos de participación política están separadas o divorciadas, de ellas el 78% sólo tienen un hijo. Parece que cuanto más ambicioso sea el proyecto de carrera profesio-

nal de las mujeres, más posibilidades hay de ruptura matrimonial y abandono familiar.

La elección como decíamos antes se nos presenta dura a los padres, pero en especial a las madres. Los horizontes que ya se han abierto para la mujer le hacen posible tomar decisiones que antes no tenía.

El ser esposa y madre a tiempo completo es en la actualidad una cuestión de difícil opción. Ahora, parece que si no te agarras al tren del desarrollo profesional, con la de posibilidades que tienen las mujeres de redimir al género, te tachan de "maruja".

Estas son algunas de las paradojas de la vida, que siendo las mujeres las que por condición humana están destinadas a ser el prólogo, introducción o primer capítulo de la vida de un hombre, se vean obligadas a renunciar y no poder disfrutar de su maternidad en aras del "mal" llamado desarrollo profesional.

¿Qué madre recibe sueldo por su trabajo? ¿A cuál se la da dinero por horas extras? ¿O por pasar la noche en vela cuidando a un hijo enfermo? ¿Quién de ellas recibe honorarios por las clases de matemáticas al hijo que necesita una ayuda extra? ¿O por las sesiones en las que hace de psicólogo con el hijo adolescente que se ha conver-

tido, en un verdadero enigma? Muchas madres tienen tentación de ganar dinero y salir a trabajar tan sólo para sentirse valoradas.

Como sabiamente decía Isabel Gascón en su testimonio: "Hay que renunciar al "perfeccionismo" en el peor sentido de la palabra, y aceptar que no se puede hacer y tener todo, por mucho que lo intentes, así que hay que ir eligiendo y renunciando continuamente, y para eso, es básico tener las ideas y las prioridades claras".

### El triple salto mortal vivido por los hijos

Muchos hijos manifiestan la existencia de un vacío interior: la ausencia de sus padres. Sienten el desinterés de sus padres a través de su condescendencia a sus caprichos. Sienten que no les toman en cuenta tanto como a sus negocios. Nunca les exigen, ni les prohíben cosas, les han dado todo lo que piden para acallar sus demandas y quizá también para sofocar su propio sentimiento de culpabilidad.

Y es que sigue habiendo padres que rehuyen el compromiso con sus hijos, que se niegan a imponer una disciplina, que no reconocen la supremacía de los valores humanos y espirituales por encima de los materiales, que se ocupan y preocupan más por sí mismos y por sus éxitos que por sus hijos, que no les dedican tiempo e interés efectivo, que no saben escuchar la sabiduría de quienes han podido descubrir el engaño de la sociedad materializada y consumista de nuestro tiempo.

### Las demandas de los hijos

"Yo sé que tienes muchas obligaciones, que tienes mucho trabajo, y que te esfuerzas por darme todo lo que necesito, pero quisiera pedirte que estés aquí conmigo. Que goces de mis triunfos, que sufras conmigo mis fracasos. Un

día yo creceré y me convertiré en un adulto y ya entonces tu no tendrás oportunidad de compartir mis triunfos de niño y adolescente. Por eso te pido me acompañes, porque yo sé que junto a ti tendré más fuerzas para triunfar".

Y es que con la vida tan agitada y ajetreada que llevamos los padres, llena de preocupaciones personales, familiares, morales, económicas, de trabajo, etc., es fácil distraerse e incluso olvidar a veces la misión más importante a la que nos comprometimos libremente sin ninguna obligación: nuestros hijos; formarlos como personas íntegras, capacitadas para enfrentarse a un mundo muchas veces hostil y adverso o contrario a nuestros principios, donde la lucha impera. Los hijos, por tanto, han de ser lo más importante. Deben estar en el número uno en la lista de prioridades de los padres.

Los hijos demandan todo de los padres. Requieren de nosotros apoyo, estímulo, orientación, firmeza, paciencia. Requieren del diálogo constante y la disponibilidad psicológica necesaria para crecer correctamente. No sólo hay que estar, sino que hay que estar psicológicamente disponible para acompañar el proceso de crecimiento de los hijos.

Necesitan muchísimas armas para defenderse y salir adelante y la mejor y más eficaz es saberse amados, que son personas que valen, que tienen una familia que los apoya en el éxito o fracaso, en la salud o enfermedad, en la opulencia o en la pobreza. Que este apoyo es incondicional, y que ellos mismos a su vez serán apoyo de los demás, se sabrán útiles y necesarios.

Creerán más libres de egoísmos, serán amados por más personas (el que ama genera amor; el que da, recibe) y nuestra sociedad tendrá menos personas aisladas, conflictivas, deprimidas o tristes. Quien crece rodeado de cariño (dando y recibiendo) será mucho más feliz y hará feliz a su familia y a los grupos de personas que le rodean en sus diversos campos de relación.

Y de este modo, desde las familias, iremos logrando combatir el mal de la sociedad actual: el individualismo, la competitividad arrasadora, el subjetivismo a ultranza, la falta de coordenadas, y un largo etc., que se nos brinda engañosamente como los signos del progreso y lograremos restablecer poco a poco el equilibrio social que ofrezca una honesta, adecuada, justa y madura conciliación de la vida familiar con el trabajo.

Esto requiere la necesidad de precisar y buscar el justo orden de valores que garantice este equilibrio. Para nuestro bien, para el de nuestra familia y por tanto para bien de la sociedad. ■

